

NARRATIVAS GALLO NERO

109

# Los niveles del juego

JOHN MCPHEE

PRÓLOGO DE  
MANUEL JABOIS

TRADUCCIÓN DE  
DAVID PARADELA LÓPEZ



Título original:  
*Levels of the Game*

Published by arrangement with  
Farrar, Straus and Giroux, New York

El contenido de este libro apareció originalmente en *The New Yorker*  
y fue desarrollado con el asesoramiento editorial  
de William Shawn y Robert Bingham.

Primera edición: mayo 2026

© 1969 John McPhee

© 2026 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2019 del prólogo: Manuel Jabois, publicado originalmente en *El País*.

© 2026 de la traducción: David Paradela López

Diseño de cubierta: Gabriel Regueiro

Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-19168-87-0

Impreso en España

Depósito legal: M-9937-2026

# Los niveles del juego

*Para Bill Bradley*

Arthur Ashe, con los pies separados y las rodillas ligeramente flexionadas, tira una pelota de tenis al aire. El lanzamiento es alto y hacia delante. Si dejase caer la pelota, esta, según Ashe, «describiría una parábola y caería sobre la hierba un metro por delante de la línea de fondo». Ha practicado un millar de veces haciendo lanzamientos similares. Pero esta vez piensa golpearla. Los pies se juntan. El cuerpo se endereza y se inclina hacia delante sobrepasando el punto de equilibrio. Cae. La fuerza de la gravedad y el impulso muscular que va desde las piernas hasta el brazo se combinan al tiempo que levanta la raqueta por encima de la bola. Pesa setenta kilos; mide un metro ochenta y dos, y es diestro. Su complexión es apenas lo bastante robusta para no poder describirla como frágil, pero su coordinación es tan extraordinaria que la pelota parte de la raqueta a una velocidad endiablada. Dando un paso al frente, detiene la caída y emprende la continuación.

Al otro lado de la red, el saque toca el césped y, tras un bote rápido y rasante, es interceptado por el revés de Clark Graebner. Graebner tiene un plan para el partido de hoy. Su intención es no «soltar demasiado el brazo». Aunque se lo pongan a tiro, prefiere no disparar. La idea, según sus propias palabras, es «mover la pelota por la pista y que Arthur la mueva también, porque las estadísticas de Arthur se disparan cuando busca tiros difíciles o ajustados. Tiende más a fallar los golpes fáciles que los difíciles. La única manera de minar su confianza consiste en meter cada golpe en la pista y dejar que cometa errores». Graebner, muy erudito, cruza la raqueta y la aparta de la pelota como si hubiera tocado un objeto candente, y con este gesto bloquea el servicio de Ashe.

Ashe ha cruzado la zona muerta y ya está a horcajadas sobre la línea de los cuadros de saque, esperando para volar. Solo un

ser humano extraordinariamente raudo podría recorrer esa distancia a tal velocidad. La devolución de Graebner es buena. Pasa baja por encima de la red y desciende hacia el revés de Ashe, que desde ahí no podrá golpear la pelota con fuerza. A falta de otra opción, conecta alto y flojo —pero en profundidad— hacia el revés de Graebner.

Graebner piensa en su estrategia: «Limítate a meter la pelota en la pista, Clark. Limítate a meter la pelota en la pista». Pero Graebner es un tenista fuerte como el que más. Mide un metro ochenta y ocho; pesa setenta y nueve kilos. Los músculos firmemente estructurados de sus piernas destacan por su simétrica perfección. Es de constitución fuerte, pero sus reacciones son instantáneas y no hay en ellas el menor asomo de lentitud. Es diestro y su antebrazo derecho mide más de treinta centímetros de circunferencia. Su juego se basa en la potencia. Sus golpes son compactos y tienen una preparación corta; sin embargo, el resultado es explosivo. Toda estrategia general debe tener sus excepciones. Sin duda, este golpe en concreto es una trampa, una pelota fácil suspendida en el aire, suave e indefensa. Con un feroz golpe de revés, Graebner intenta superar a Ashe con una bola cruzada. Pero se le va a la red. Quince-nada.

Graebner está nervioso. Se mira los pies con aire sombrío. Estamos en Forest Hills, y este es uno de los partidos de semifinales del primer Abierto de Estados Unidos. Tanto Graebner como Ashe son americanos. Los otros dos semifinalistas son un holandés y un australiano. Trece años han pasado desde la última vez que un americano ganó la final de individuales masculinos de Forest Hills, y el partido de hoy determinará si será Ashe o Graebner quien tenga la ocasión de ser el primer estadounidense desde Tony Trabert en ganar el torneo. Ashe y Graebner

siguen siendo *amateurs*, y muchos creían que aquí, jugando contra profesionales, no iban a tener muchas posibilidades. Y, sin embargo, aquí están, cerca ya de la meta, compitiendo entre ellos. Para Graebner, mirar al otro lado de la red y ver a Ashe —y viceversa— no es algo inusual. Ambos nacieron en 1943, se conocen desde los trece años y han jugado tantos torneos y exhibiciones, han entrenado juntos en tantos países y temporadas que los detalles se difuminan. Forman parte del equipo estadounidense de la Copa Davis, y por ese motivo viajan juntos durante todo el año, jugando para su país y participando en torneos generales, no tanto a título individual sino en bloque, con el equipo.

El estilo de un tenista empieza con su naturaleza y bagaje personal, y se expresa a través de sus mecanismos motores mediante patrones de tiro y características de juego. Si es de talante juicioso, como jugador lo será también; y si es extravagante, probablemente se refleje también en su juego. Un partido reñido e igualado, sin errores y representativo del juego de cada tenista en su más alto nivel, es ante todo una lucha psicológica, máxime cuando los rivales se conocen tan bien que no puede haber sorpresas en lo técnico. No hay nada en el juego de Ashe que Graebner desconozca, y Ashe afirma saberse el juego de Graebner como si fuera su «canción favorita». Ashe cree que Graebner juega como juega porque es blanco, conservador y de clase media. Graebner cree que Ashe juega como juega porque es negro. Ashe, ahora mismo, está nervioso. Es famoso por lo que los periodistas llaman su «majestuosa calma», su «imponente serenidad», su «gélida elegancia». Sin embargo, está agarrotado de miedo, y los tenistas que lo conocen bien lo notan, porque es literalmente cierto. Tiene las piernas rígidas. Ahora, cual soldado mecánico,

se coloca en posición para volver a sacar. Lanza la pelota y la golpea por el centro.

El principal problema de Ashe en el tenis es la regularidad. Posee talento para dar y tomar, pero la constancia no es una de sus características. Prueba de ello es que en este primer juego ha enviado tres voleas rígidas a la red, dejando que Graebner casi le rompa el servicio, para luego salir del apuro con dos saques tan potentes que su oponente no ha podido ni tocarlos. Ashe gana el primer juego. Graebner se encoge de hombros y se dice: «Se ha salvado por los pelos».